



PREGÓN SEMANA SANTA VILLADEMOR 2015

S. Centeno

Salón de actos de la Casa de Cultura de Villademor

29 de marzo de 2015





1.- AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quisiera dar pública muestra de gratitud al señor alcalde aquí presente, D. Carlos Ibarrola sobre todo por propiciar actividades culturales como ésta.

También quisiera agradecer, cómo no, a D. Ángel Jesús Chamorro, por haberme invitado a pronunciar estas palabras y confiar en mí a pesar de que considero que no soy quizá el más indicado para el propósito que aquí nos ha reunido.

Y sobre todo, considero que es un honor para mí, que ustedes hayan venido a escucharme, porque, en efecto, sí tengo mucho que decir, pero no sé si será lo que ustedes quisieran oír, al menos hoy cuando se inicia la Semana Santa y se supone que debo hablar de todo lo que a mi entender ella significa.



Y decía que quizá no sea yo el más indicado para pronunciar este discurso, por varias razones. En primer lugar porque no puedo componer una pieza literaria, no soy literato. Tampoco puedo hacer una exposición histórica de la Semana Santa porque no soy historiador. Ni componer una pieza musical o un poema porque no tengo dotes artísticas. En resumen, lo que voy a decir seguramente ya lo conozcan todos ustedes. Nada nuevo en realidad, sí, pero no lo mismo de siempre, se lo anticipo.

Confieso que, por lo que han dicho los que me han precedido otros años, o incluso por lo que otros han dicho en ocasiones similares, tengo presente lo que ustedes esperan que diga: esperan quizá que hable del significado religioso de la Semana Santa, que evoque recuerdos y vivencias de cómo en mi infancia, en el Villademor de los 60/70, se vivía esta Semana de culto, como si la de entonces fuese necesariamente más auténtica o más santa que la de ahora. Y, además, que haga todo eso cargando o incluso recargándolo de intensa emoción, fe y sentimiento religioso. Lo siento, yo no soy nada emotivo, no puedo ni quiero hacer nada de eso y si era eso lo que esperaban ustedes de mí, siento decepcionarles.

Yo no puedo hacerlo, en primer lugar porque no soy dado al sentimentalismo, ni creo por otra parte que desde los sentimientos se pueda explicar nada. El agustino Tomás de Kempis decía en mi contra: “*más deseo sentir la contrición que saber definirla*”¹. Yo no. Por el contrario considero más bien que *un sentimiento sin saber definirlo es un caos*

¹.- *La imitación de Cristo*, I, 1.



emocional. Así pues vamos a alejarnos del ámbito de la afectividad, eso compete en todo caso a los psicólogos y a los poetas.

Quizá no lo advertimos, pero yo creo que vivimos en una época que podemos seguir llamando romántica, o incluso sentimentaloides más que sentimental, que busca y se recrea en lo emotivo más que en lo reflexivo. Lo que busca la gente ahora son emociones, *vivencias*. Palabra esta última creada por Ortega y Gasset para traducir la palabra alemana “*erlebnis*”, que hace referencia a la experiencia vivida en sentido subjetivo, privado, íntimo e irreplicable. La vivencia no es algo que te cuentan, sino algo que vives con tal intensidad que transforma tu estado de ánimo y tu biografía. Sin duda la Semana Santa hoy quiere ser vivida por muchos de una forma emocional y ardorosa incluso, pero en ningún caso quiere ser pensada.

Pero como decía, yo no soy psicólogo, ni poeta, ni busco vivencias ni re-vivencias. Tampoco soy un religioso ni un místico. Soy un filósofo o, si quitamos lo que ya tiene de inmodesto el llamarse filósofo a sí mismo, voy a decir que soy simplemente un profesor de filosofía. Me dedico a enseñar esta cosa que nadie sabe lo que es: FI-LO-SO-FÍA. Pero hoy, aquí, si ustedes me lo permiten, vamos a utilizar entre todos esta disciplina para indagar qué es esto de la SEMANA SANTA. Lo propongo como ejercicio de reflexión, no de vivencia. Porque con las vivencias pasa lo mismo que lo que se dice con las imágenes. Pues se dice que *una imagen vale más que mil palabras*. Yo creo, por el contrario, que una imagen sin palabras no significa nada. Y si esa imagen es la de la Semana Santa o la de una de sus procesiones ocurre lo mismo. Valga esto contra Kempis.



Así pues, espero que mi discurso sea aclaratorio porque es mi empeño que lo que diga a partir de ahora se entienda. Que lo que diga, aunque sea poco, que al menos sea claro y distinto. Por eso vamos a necesitar unas pequeñas nociones preambulares para entender qué es lo que pretendo decirles:

2.- PREÁMBULO

Vayamos por vía del ejemplo. Escojamos otro conocimiento cualquiera de los que se practican en Villademor y que conozcan ustedes bien. Podría escoger la agricultura. Nos podría servir perfectamente, pero permítanme que como homenaje a mi padre, que me escucha aquí, pensando quizá que le pueda enseñar yo algo, cuando ha sido siempre al revés, permítanme, decía, que escoja la albañilería. Nos puede valer porque se trata de un conocimiento práctico que conocen bien todos ustedes.

Ahora preguntémonos: ¿de qué se ocupa la albañilería? De construir casas, podríamos contestar sin miedo a equivocarnos. Y ¿cómo lo hace? Dicho de una manera simple: sirviéndose de una serie de herramientas (paleta, llana, nivel, plomada... etc.) aplicadas a una serie de materiales (ladrillos, cemento, hormigón... etc.).

Bien, pues, con la filosofía ocurre algo parecido, aunque con ligeras diferencias. ¿Sobre qué trabaja? ¿Cuál es su campo y cuáles son los materiales que utiliza? Las ideas, la filosofía trabaja con ideas. Lo que ocurre es que las herramientas y los materiales que utiliza para construir, en este caso, no casas físicas, sino edificios racionales, son también las ideas.



Es decir, tanto el material como las herramientas que utiliza coinciden, son lo mismo: las ideas. Dicho de otra manera, las ideas se trabajan con ideas. Los filósofos decimos que las ideas se critican con ideas. Esa es una diferencia respecto de la albañilería. Y hay más diferencias. Porque, a diferencia de los muros o las casas, pongamos por caso, ocurre que las ideas no se ven bien, de hecho no se ven. Platón decía que *“sólo se ven con los ojos del alma”*. Eso es sólo una forma de decirlo, es una metáfora, pues es lo mismo que decir que sólo se pueden pensar. Y esto es una dificultad añadida. Si las ideas no se ven con los ojos y sólo se pueden pensar, algunos estarían tentados a considerar que sólo están en nuestra mente y que por lo tanto no son reales, son puros pensamientos a los que ponemos nombres vacíos. Y no, nada de eso, yo al menos no lo considero así, o al menos no sólo. Hay ideas objetivas. Es decir, ideas que no dependen de nosotros, hay ideas que están en las cosas, que son independientes de nuestra voluntad. Eso es tanto como decir que las cosas tienen cierto “logos”, cierta “lógica”, es decir que no las puedes pensar como quieras, que se pueden comprender si logras desvelar las ideas o la verdad que encierran y a veces estas ideas gustan de ocultarse.

En el fondo esto ocurre también con la albañilería, no podemos hacer cualquier cosa que imaginemos. Colocar ladrillos para levantar muros tiene también su “logos”. Mi padre siempre me decía que era muy fácil: *“se trataba de colocar uno sobre dos y dos sobre uno”*. A esto lo llamábamos: *“llavear”*. Bien, pues con las ideas ocurre lo mismo. Las ideas, sean éstas filosóficas o no, tienen entre sí cierta trabazón, porque, como ocurre con los ladrillos, no todas se pueden *“llavear”* de cualquier manera. Todo tiene su lógica: yo no puedo decir que hago un círculo cuadrado, ni que tengo un



hierro de madera. Las ideas están interconectadas entre sí, pero no todas con todas, ni cualquiera con cualquiera, ni de cualquier manera. La labor del filósofo es indagar cuál es esa manera en la que “*llavean*” lógicamente las ideas. Y anticipo que no es un asunto fácil ni de resultado único. Como construir casas.

Bien, aquí quería llegar, este es en realidad el punto de partida, la pregunta, la gran pregunta que propongo para este acto intelectual de comprensión en el que quiero me acompañen ustedes: *¿Qué ideas* (filosóficas o no) *encierra la Semana Santa?* Sólo conociendo estas ideas y las relaciones que se pueden establecer entre ellas, sólo así, decíamos, puedo entender la lógica interna que encierra la Semana Santa de nuestro pueblo.

A partir de aquí la cosa se torna difícil, lo anticipo, porque las ideas no son cosas tan simples y monolíticas como los ladrillos o los muros. Las ideas tienen su propia geometría. Y esto es lo que a mí me gusta: *hacer geometría de las ideas*. En este caso me veo en la necesidad de hacer la geometría de las ideas de la Semana Santa de Villademor, que en esencia no difiere de la Semana Santa de otros sitios por más que a los regionalistas o a los villademorenses les gustase. Vamos a ello, pero tengan en cuenta que en toda geometría no todo se resuelve en ángulos rectos, ha de haber irregularidades, ha de haber sombras. Dicho en términos filosóficos, no todas las ideas serán claras y distintas, sino que a veces nos encontraremos ideas oscuras y confusas, dicho de otra manera, habrá franjas de verdad, claroscuros.



3.- IDEAS PARA PENSAR LA SEMANA SANTA

Así pues llegados a este punto no nos queda más que perfilar el contorno, el entorno y si fuese posible el contenido de aquellas ideas sin las cuales no podríamos dibujar, léase pensar, nuestra Semana Santa. ¿Y cuáles son esas? *Vexata quaestio*, que decían los clásicos: asunto controvertido. Sobre todo porque son muchas y muy heterogéneas, pertenecientes a diversos ámbitos: teología, ontología, ética, moral, historia, sociología, psicología, mariología, religión en general, arte sacro en particular... Tendríamos que hacer una clasificación y poner orden en todas ellas y, ciertamente dado que éste no es un acto académico y que tampoco disponemos de mucho tiempo, no quiero aburrirles, vamos a usarlas sin más. Además seguramente no podré recorrerlas todas con la profundidad que se merecen, pero, a decir verdad, tampoco éste es el momento para dar completud a un tema tan amplio y tan profundo como verán. Yo sólo voy a presentar unas cuantas y hablaré sólo un poco de unas pocas. Y lo haré además de forma dialéctica, es decir, de forma problemática, no de forma dogmática como se acostumbra en estos temas. Y lo haré así no porque por mi condición de filósofo quiera darle vueltas y revueltas a las ideas, sino porque ya ellas, las ideas, vienen dando vueltas constantemente, dicho de otra manera, las ideas, a diferencia de lo que decía Platón, no son inalterables y eternas, sino que van cambiando, y lo hacen porque tanto las circunstancias como las cosas mudan, por eso no se vive ni se puede pensar la Semana Santa hoy lo mismo que hace cincuenta años. Porque el color, el valor y, en definitiva, la verdad de las ideas de las que voy a hablar ha cambiado.



Digamos, pues, de una vez, esas ideas. Se me ocurren las siguientes y no las digo por orden de importancia, aunque descubriremos que algunas sí guardan cierto orden de oposición entre ellas: ARTE, CULTO, CULTURA, HOMBRE, DIOS, PERSONA, ENCARNACIÓN, PASIÓN, MUERTE, RESURRECCIÓN, FE, PIEDAD, PERDÓN, FRATERNIDAD, AMOR, FORTALEZA... y seguramente podríamos añadir bastantes más pero dudo que las que quedan por nombrar sean más importantes, más inclusivas o más definitorias que éstas. En cualquier caso todo aquel que quiera entender la Semana Santa, tendrá que pasar necesariamente por estas ideas u otras afines o contenidas en éstas. Lo quiera o no, lo haga de forma explícita y consciente o no. Tendrá que utilizarlas *llaveándolas* de alguna manera para construir un edificio más o menos inteligible de la Semana Santa. A esto me refería cuando decía que íbamos a tratar con ideas objetivas porque éstas no dependen de nuestra voluntad, se nos imponen.

Sí, sin duda, alguno podría estar pensando, y no sin razón, en otras ideas más prosaicas que le sugiere la Semana Santa y que me las he dejado en el tintero intencionada o incluso malintencionadamente: PROCESIONES, VACACIONES, BACALAO, POTAJE, LIMONADA, CHAPAS... Sí, sin duda éstas son también ideas que definen una “*Semana típica*” pero no sé ya si... “*Santa*”. Frente a aquellos que sólo quieren “*disfrutar*” de una semana de asueto, insoluble en agua bendita, estarían los que consideran que hacer eso, o sólo eso, sería tanto como vivir una *Semana* hasta cierto punto degradada pero no Santa.

Esto me recuerda un pasaje muy conocido para los filósofos. Cuando una vez, siendo joven Sócrates todavía, se encuentra con el viejo y sabio



Parménides y aquel le pregunta: *Y además de las ideas de lo justo, de lo hermoso y de lo honesto, ¿hay también ideas de pelo, de fango y de **basura**? Y el viejo Parménides le respondió algo que nos va a servir a nosotros ahora. Le dijo: *Eres muy joven, Sócrates, y no adviertes todavía que no **cabe despreciar ni las cosas más humildes**. Ahora en razón de tu juventud, aún prestas demasiada atención a las opiniones de los hombres*².*

Así pues, lo mismo que el viejo Parménides, considero que para quien quiera saber qué es la Semana Santa hoy día, no ha de seguir sólo la ortodoxia: la recta opinión de los hombres santos, diríamos aquí. No sólo lo santo ha de ser tema de reflexión, sino que también tenemos que reparar en lo profano o en lo supuestamente indigno, porque si no, quizá nos dejemos cosas importantes por descubrir. ¿Se imaginan un zoólogo que deje de investigar a los buitres porque son indignos carroñeros? ¿O a un médico que deje de investigar los tumores cancerígenos porque son malignos y mortales? El filósofo, mal que le pese, tampoco debe dejar de tener en cuenta lo profano. Ni siquiera incluso aunque otros lo consideren indigno o basura como dice Sócrates al viejo Parménides. Una basura que, al menos para el piadoso, habría que barrer, suponemos, como se hace con toda basura, porque degradaría la fervorosa veneración que debe reflejar esta Semana.

Ahora bien, la basura no es el resultado del barrer, no, es el resultado del hacer. Dicho por vía del ejemplo: lo que de profano tienen el ***bacalao*** y ***el potaje*** de hoy, es el resultado del ayuno de ayer convertido ya en tradición cultural. Las ***chapas***, por otra parte, quizá no sean más que el

².- Platón, *Parménides*, 130c y ss. (la cita no es literal pero tampoco demasiado distorsionada)



resultado evocador de aquella apuesta que los soldados romanos al pie de cruz realizaron para jugarse la túnica de Jesús³ después de muerto Éste. Y la *limonada* lo mismo, porque bien podría interpretarse como una rememoración, en forma también de tradición cultural, del pasaje de la esponja empapada en “*vinagre*” (ὄξος) como dicen Marcos⁴, Lucas⁵ y Juan⁶ o en vino amargo o más literalmente “*vino mezclado con hiel*” como dice Mateo⁷.

Así pues, como decíamos, los escombros surgen de forma necesaria en toda obra. Bien saben eso los albañiles. Son un momento más de la realidad que no son fáciles de barrer. Además ¿barrer adónde? Y en este caso que nos ocupa, menos, porque se está barriendo en sentidos contrarios. Mientras que las instituciones culturales, es decir, la Iglesia, quieren barrer estos escombros, precisamente por ser profanos, para sacarlos del mundo, al menos del mundo de lo sagrado, las instituciones culturales, el ministerio de cultura, quieren barrer también, pero en este caso para casa. Para las casas de cultura. La Semana Santa hoy es el resultado de esas dos tendencias contrapuestas, es santa y profana a la vez. Estamos todavía sufriendo un proceso de transformación ideológica que viene dándose desde el siglo XVIII: las actividades de culto inadvertidamente se convierten en cultura. El día del Señor se ha convertido en el día de la cultura. Una procesión, se dice, es también cultura. La idea de Gracia se ha convertido en la de Cultura. Se trata de un cambio aparentemente

³ .- Jn. 19, 24.

⁴ .- 12.36.

⁵ .- 23.36.

⁶ .- 19.29.

⁷ .- “...οἶνον ματὰ χολῆς μεμιγμένον...”; 27.34.



imperceptible, pero se aprecia la lucha, una lucha que nos recuerda al “*kulturkampf*” de Bismarck (S. XIX). Una dialéctica entre dos ideas confusas CULTURA Y CULTO que, por supuesto, no podemos entrar a analizar aquí, porque es muy compleja, pero no por eso menos importante.

Pasemos a otras ideas. Ahora de entre las que ya señalamos ¿qué otras ideas pueden ayudarnos a definir también la Semana Santa? Sin duda las siguientes: PASIÓN, MUERTE y RESURRECCIÓN de Jesús de Nazaret. Sólo con ellas ya se podría definir la Semana Santa. Es evidente que sobre estas ideas se ha escrito mucho y que sin ellas nada podríamos entender, pero con ellas tampoco demasiado, porque parecen concluir todas en un misterio insondable. Y cuando decimos misterio queremos diferenciarlo de un simple enigma. Y ¿en qué se diferencian? Mientras que un enigma es algo que ignoramos en el presente pero que no impide que algún día podamos llegar a conocer, un misterio es algo incognoscible para el hombre. Mientras que el enigma es un simple “*ignoramus*” [*ignoramos*], el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, a mi modo de ver, es un “*ignorabimus*”, algo que “*ignoraremos*” siempre. Pero precisamente por eso todo acaba no en un conocimiento como yo pretendo, sino en la fe de algo tan incomprensible como irrenunciable para el cristiano. Porque ya lo dijo con rotundidad S. Pablo: “*Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vana es vuestra fe*”⁸. Estamos pues ante la clave de bóveda no sólo de la Semana Santa, sino del propio cristianismo como religión. El problema es que para explicar estas ideas es necesario “*llavearlas*” con otras muchas ideas supuestas y superpuestas como las siguientes:

⁸.- I Cor. XV, 14.



La idea de CARNE o ENCARNACIÓN creo que es una de las más importantes y, sin duda, está íntimamente ligada a la PASIÓN HUMANA de Cristo, el cual, en cuanto segunda persona, se nos presenta como un DIOS PERSONAL. La Semana Santa no hace alusión a un Dios ontológico impersonal como el de San Anselmo, aquel “*Ser mayor que el cual nada puede ser pensado*”, sino de un Dios personal, un Dios con barba. Un Dios humano, he aquí la con-fusión. Por eso se hizo necesaria, otra idea, la de **consustancialidad** (ὁμοούσιον τῷ Πατρὶ) como se dice en el Credo niceno, tantas veces rezado inadvertidamente sin reparar en lo que dice. Yo les sugiero a ustedes que la próxima vez que lo recen, que no lo hagan de forma mecánica como si fuera un mantra, sino que lo piensen, que reflexionen detenidamente sobre lo que están diciendo, más aún, que investiguen sobre lo que ahí se dice.

Que un Dios engendre en una mortal no es algo insólito. En las mitologías ocurre a menudo. Zeus, por ejemplo, lo hizo muchas veces... cuando se aburría. Pero que un Dios se haga HOMBRE eso sí es algo insólito, y sólo el cristianismo ha sabido sostenerlo aunque contando con la ayuda inestimable de la filosofía griega y, por supuesto, no sin grandes dificultades: recordemos las olvidadas herejías. ¿Qué cantidad de ideas tendríamos que explicar para poder empezar a entender siquiera un poco este problema? En cualquier caso la idea de CARNE es central en este asunto: “σὰρξ” es el término usado. Seguro que recuerdan la tan famosa como dificultosa frase del *Evangelio de Juan*, un gran conocedor de la filosofía griega, sin duda, cuando dice: “*Y el Logos se hizo carne*”⁹. Nosotros ya no empleamos el término carne, nos resulta extraño.

⁹.- “Καὶ ὁ Λόγος σὰρξ ἐγένετο” Jn. 1, 14.



Utilizamos más el de CUERPO. Es posible que Jesús también lo utilizase. Al menos lo hace en la última cena cuando aludiendo al pan dice: “*Tomad, este es mi cuerpo [σῶμα]*”¹⁰. En la eucaristía, por ejemplo, se sigue utilizando el término “cuerpo”. Y, efectivamente, la idea de cuerpo es fundamental no sólo para entender la Semana Santa, sino para comprender todo el cristianismo. La resurrección dice el propio S. Pablo es de los cuerpos mortales, no lo olvidemos¹¹. Se menciona también en el Credo de los apóstoles.

Voy a decir algo novedoso, al menos algo poco ortodoxo, inconveniente quizá: *el cristianismo es un materialismo*. En rigor, no he conocido religión más materialista que el cristianismo. La antropología cristiana, como vemos, da un gran valor al cuerpo material. Pues éste no pierde importancia ni siquiera después de la muerte, porque se presumía que después del final de los tiempos la resurrección era la del cuerpo. Pablo, aunque ya desde una doctrina más helenizada, se vio en la necesidad de explicar esta idea y hubo de transformarla en una idea con un marcado carácter espiritualizante. Pablo fue el primer intento, no del todo logrado, de espiritualizar el cuerpo, y con ello toda la doctrina ética y política de Jesús el Nazareno. Por eso se ve en la obligación de hablar de distintos tipos de cuerpos: terrestres, celestes, animales y sobre todo de “*cuerpos espirituales*” (σῶμα πνευματικόν)¹². Ahí es nada. Habría mucho que hablar de las aportaciones y transformaciones que hizo Pablo de Tarso al cristianismo, sin duda, pero no es este ni el momento ni el foro adecuado.

¹⁰ .- Mc.- 14, 22: “Τοῦτό ἐστιν τὸ σῶμα μου”.

¹¹ .- Rm.; 8, 11.

¹² .- 1 Cor. 15, 44.



Por todo esto, y esta va a ser la verdadera innovación de mi interpretación, ***yo veo en la Semana Santa actual una exaltación del cuerpo, del cuerpo de Cristo, por supuesto, pero con él, del cuerpo humano también*** y todo lo que ello implica, que no es poco. Una exaltación a partir de la pasión y sufrimiento de éste y con ello, he aquí lo importante, una exaltación de las virtudes éticas más importante relativas al cuerpo, no de las *dianoéticas* o intelectuales como diría Aristóteles.

Ahora bien, cuando digo que la Semana Santa me lleva a una exaltación del cuerpo no me refiero a la exaltación de la belleza o de lo sublime del sufrimiento corporal por el arte, que también es algo propio de la Semana Santa, por supuesto. Es hermoso ver las escenas que se muestran en nuestros Pasos. En ese sentido podríamos pensar que el arte de la Semana Santa es hasta cierto punto catártico, purificador. De alguna forma parece redimirte del sufrimiento al que estamos siempre expuestos los humanos. Pero no en el sentido que consideraba catártica Aristóteles en su *Poética* a la tragedia. Porque la Semana Santa no es la representación de una tragedia. La tragedia griega es un encadenamiento de sucesos imprevisibles y de consecuencias irreversibles, en donde el personaje trágico sí es inocente pero siempre comente ὕβρις [hýbris], es decir, un exceso. La muerte de Cristo, en cambio, no es una tragedia en ese sentido. Precisamente porque hay resurrección (del cuerpo) y por tanto esperanza.

Aquí tenemos otra idea central también para todo cristiano: la ESPERANZA. La esperanza es un bien para el cristiano. Para los griegos curiosamente no. Recordemos que venía en la caja de los males que llevaba Pandora a los hombres como regalo de los dioses. Y aquí sí que confieso



que me siento desorientado. A veces dudo que la esperanza sea realmente un bien o una virtud. No lo sé ciertamente, lo que sí sé es que la desesperanza tampoco es un mal, lo que verdaderamente es un mal es la desesperación. El problema es cuando el mal se presenta ineludible y necesario: ¿qué hacer? Yo diría que la desesperanza es un tipo de estoicismo, algo, por cierto, que el cristianismo primitivo supo asimilar bien pero que resulta inadecuado para tiempos hedonistas como en los que nos encontramos en los que prima el mercado pletórico del consumidor satisfecho.

Sé que esta es una interpretación atrevida, pero todo en la Semana Santa en particular y en el cristianismo en general me lleva al cuerpo, a la idea de CUERPO HUMANO. Tan importante para la ética. Porque *la ética* yo siempre he dicho que *es lo relativo al cuerpo*. Lo relativo al cuerpo humano entendido distributivamente. Insisto, lo del cuerpo para mí es fundamental, porque siempre me ha gustado pensar que somos cuerpos. Ya, ya, dirán ustedes, vaya obviedad, ¿qué íbamos a ser si no? No, no. Creo que no se han apercebido ustedes de la frase. Yo no he dicho que tengamos cuerpo. No. Eso sería demasiado platónico o cartesiano. Yo he dicho que somos cuerpo. ¡Ah...! estará pensando alguno de ustedes... ¿Y el alma...? ¿La salvación del alma que siempre nos han enseñado que es tan importante para el cristiano? No lo sé, yo no sé de esas cosas. Doctores tiene la Iglesia que les sabrán responder, se suele decir. Yo sólo sé que se puede pensar sin contradicciones la Semana Santa e incluso la propia ética cristiana desde el cuerpo o al menos sin olvidar el cuerpo. Todo, incluido el propio cristianismo, sale mejor parado. Aparece con ello un orden ético nuevo más coherente que no es incompatible en absoluto con las



enseñanzas de Jesús y que, además, desde el punto de vista filosófico no arrastra idea metafísica alguna.

Ahora bien, para aquel que todavía esté preocupado por el alma y su salvación ¿qué le puedo decir yo? Es más, ¿quién soy yo para decirle nada? Sólo se me ocurre mostrarle una definición no metafísica de la idea de alma: *el alma es lo que hace el cuerpo, lo que hacemos o podemos hacer, lo que padecemos o podemos llegar a padecer con el cuerpo*. Y esto, ténganlo por seguro, en absoluto es incompatible con las enseñanzas de Jesús, ni del Jesús histórico ni del Jesús de la fe: “*por sus frutos los conoceréis*”¹³ dice en alguna ocasión. O cuando dice: “*... cuanto hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeñuelos, conmigo lo hicisteis*”¹⁴. Pues eso. Lo que importa es lo que hacemos y padecemos con el cuerpo. He aquí que hemos tropezado con la ética de nuevo. O si se quiere, para decirlo desde la ortodoxia de la Iglesia, hemos dado con la llamada Doctrina Social de la Iglesia, el *Rerum novarum* o “*De las cosas nuevas*”, que no son nuevas en absoluto, que propuso el papa León XIII, pero que están en el Evangelio.

Por lo que llevo dicho es evidente que a mí ciertamente de la Semana Santa no me interesa tanto el Misterio de la Resurrección, aunque sea del cuerpo, cuanto la afirmación ética del hombre frente al sufrimiento y con ello la virtud que tiene que ver esencialmente con esto: la FORTALEZA. Y ésta se puede definir como aquella fuerza que debemos mantener para preservar nuestras existencias como seres humanos sociales. Y como tal virtud puede ir referida a uno mismo: en ese caso la llamamos *firmeza*, o

¹³.- Mt. 7.20 y Lc. 6.44.

¹⁴.- Mt. 25, 40.



puede ir referida a los demás: en ese caso la llamamos *generosidad*. Dentro de la firmeza quizá sea la *presencia de ánimo* la virtud que más nos enseña la Semana Santa, como capacidad de resistir el sufrimiento sin perturbación. Pero también nos enseña que la generosidad es la otra virtud por excelencia. La más difícil por cierto. Porque es la virtud del dar y del saber dar. Y Jesús, al menos desde la interpretación ortodoxa, nos enseña a dar, a darlo todo incluso si es necesario, hasta la vida.

Es curioso pero desde la moral cristiana no se usa el término “generosidad”, se usa el de “caridad”, más incluso que el de FRATERNIDAD, que ha sido olvidado. ¿Me cuesta trabajo pensar que éste hubiese sido un concepto revolucionario? Recuerden aquel trilema: *libertad, igualdad y fraternidad*. Pero ¿qué fue de ésta? Hoy ya nadie habla de fraternidad. Ha sido sustituida por la solidaridad, sin darse cuenta quizá que la solidaridad es siempre contra alguien. Sin embargo, sólo la Semana Santa nos recuerda, aunque sea superficialmente, estética más que éticamente, la idea de fraternidad, pues está llena de cofrades y de cofradías que encierran al menos en la propia palabra la idea de frater-nidad. Sin embargo, la fraternidad yo no quiero entenderla como un sentimiento, no es en absoluto nada espiritual. Por eso en el cristianismo primitivo supuso toda una revelación o, si se prefiere, toda una revolución. Y lo fue porque la fraternidad suponía un tipo de amor nuevo. Un amor que es, de todos los que conocían los griegos, el que menos tenía que ver con el sentimiento. Porque si los griegos conocían el amor ἔρως [éros] o amor erótico, el amor φιλία [filía] o amor amistad, fueron los primeros cristianos los que “descubrieron” o fomentaron el amor fraterno, el amor ἀγάπη [agápe] o el amor caridad, en definitiva la fraternidad. Un amor que, sin duda, tiene



también que ver con el cuerpo o, si se quiere, con lo corpóreo, y por eso con la ética, si es que la ética como ya hemos dicho es lo relativo al cuerpo, porque un ágape, como ustedes conocen, es en realidad una comida en común o, como a mí me gusta interpretar: una puesta en común de comida. Es decir, una común-uniión, o si se quiere una solidarización contra: el hambre y la pobreza, pero también, por qué no, contra la injusticia y el sufrimiento. ¿Y no es esto el cristianismo?

La Semana Santa, al menos sus hermandades, sus cofradías, sus costaleros, si nos ofrecen algo, es la fraternidad como ejemplo testimonial, sobre todo frente al sufrimiento. Porque ocurre que al hombre se nos presentan males: unos que dependen de nosotros y otros que no dependen de nosotros. Para los que dependen de nosotros el cristianismo reivindicó el amor ágape, para los que no dependen de nosotros el cristianismo propone otra virtud olvidada: PIEDAD.

Dado que he sido invitado a realizar este discurso por la Cofradía de la Piedad, no podía terminar sin aludir a ella. La Piedad, digo, es una virtud que, aparte de la consabida definición de Platón como “*el cuidado de los dioses*”, εὐσέβεια [eusébeia], se podría definir de dos maneras: como *la tristeza y consiguiente reacción que conlleva ser consciente del mal ajeno inmerecido*, y entonces la llamamos **compasión**. O también podríamos definirla: como *la tristeza y reacción por el mal ajeno merecido* y entonces la llamamos **misericordia**.

He aquí, pues, dos virtudes que creo yo que definen, mejor que otras, la Semana Santa, pero quizá también mejor que otras, nuestra idiosincrasia, nuestro modo de ser villademosenses. Al menos eso parece si vemos



nuestro pueblo desde una perspectiva histórica. ¿Cómo si no podríamos explicar la existencia de una Ermita de la Piedad y una devoción tan grande a esta Virgen, o unos retablos tan preciosos como los que tenemos de la Virgen de la Misericordia o de las Ánimas? ¿Cómo si no explicar que Villademor haya tenido hospitales u hospedajes para peregrinos? ¿Cómo si no explicar que Villademor sea un pueblo tan generoso, o solidario como gustan de decir hoy, cuando se realizan colectas para adversidades ajenas y lejanas? ¿Cómo si no explicar el propio resurgir de la Cofradía de la Piedad en tiempos de crisis?

Villademor es, sin duda, un pueblo que ha apostado desde siempre por el cuidado del otro, es, sin duda, no sólo un pueblo religioso, sino un pueblo comprometido y empático. Por eso tiene, como hemos visto, esta Semana Santa tan llena de significado que espero que perdure sin perder su sentido ético.

Muchas gracias.

*S. Centeno.
Villademor de la Vega.
Casa de cultura.
(29/03/2015)*